



## Referentes...

### El contraste del progreso: Millet

Por Danilo Rúa Espinosa

Nuevamente la imagen del profesor, del jefe, del ponente o del estudiante en un recuadro de unos cuantos centímetros al otro lado de la pantalla del portátil; algunos (la mayoría) con la cámara apagada, con audífonos y a la espera de una respuesta afirmativa a su intervención cuando pregunta –¿Me escuchan? –. ¡Esta es la virtualidad! El nuevo sistema que se ha venido instalando de manera acelerada mediada por una pandemia (que más parece la excusa) que está obligando a los individuos a vivir ‘conectados’ en la desconexión que propone la sociedad del conocimiento y la informática. Es ahí, en medio de este panorama, que se hace importante recuperar las tierras de Jean-Francois Millet.

Para 1814 la primera Revolución Industrial estaba en su auge y la sociedad ya padecía las consecuencias que este cambio había introducido en sus modos de vida entre las que se percibe el incremento de la pobreza a raíz de la migración que se dio del campo hacia la ciudad en busca de mejores condiciones laborales. Para ese año nacía en la localidad de Gréville-Hague, Jean-Francois Millet uno de los pintores franceses cuya obra se centra en plasmar la realidad los campesinos en una época en donde la máquina amenazaba con derrocar el valor y la fuerza del trabajo humano. Es así como el artista, después de haber recibido una formación académica en la ciudad de París, regresa a su tierra natal para después migrar a Barmizón donde moriría a sus 61 años, en 1875. Fue allí, donde se instauró el estilo del realismo social con el que sería eternamente conocido.

El realismo, y en especial la obra de Millet, exalta la labor de las personas que pasan su jornada bajo las horas del sol en campo abierto, cuyo tiempo se mide por el repique de las campanas de la iglesia. *El sembrador* (1850), *El Ángelus* (1857-59) (tal vez su obra más importante) o *Las espigaderas* (1857) son la expresión más cercana para comprender la conexión que se tenía con la naturaleza en las labores del campo. Son la muestra de la paciencia y la sencillez que se requiere para poner cada una de las semillas, en contraste con el sistema industrializado que solo busca producir más en el menor tiempo. Sus pinturas también hablas de las condiciones de precariedad en las que el progreso deja a una parte de la población que se rehúsa al cambio o que no puede acceder a este. La obra de Millet manifiesta la nostalgia por esas formas y paisajes que se

transforman con la intervención de los afanes capitalistas por erigir sus grandes industrias. También es una remembranza a los peligros que componen los sistemas económicos que se sustentan en la idea de progreso para obligar al ser humano a adaptarse a cambios que van en contra incluso de eso que se ha definido como lo humano.

Vivir aislados los unos de los otros, viviendo en un cubo o sentados frente a un escritorio compartiendo nuestras vidas a través de una cámara, de un micrófono y de una pantalla, son las nuevas formas de 'progreso' que nos presenta el sistema de económico para una sociedad cuyo principal capital de consumo es la información. La tecnología y la internet propone un modo de vida que arremete con nuestra condición humana y nuestra dimensión social al buscar que estemos 'conectados' con el mundo por medio de una ventana virtual, pero manteniéndonos desconectados con el que tenemos al lado, con la naturaleza y el entorno, e incluso, alejados de sí mismos. Ahí es donde percibo necesario volver a las tierras de Millet y donde siento el temor de no volver a conectar con el verdor del paisaje. Por lo menos esto es lo que suelo pensar cada que subo a mis tierras de origen (en el oriente antioqueño) y percibo lo maravilloso de ver una cama de lechugas frescas, o un surco de coles sembradas y pacientemente cuidadas por mi padre, al lado de una mega construcción cuyo ruido industrial irrumpe en el silencio de la noche.



El sembrador. (1850). Óleo sobre canva. 101,6 cm x 82,6 cm. Museo de Bellas Artes de Boston



El Ángelus. 1857-59. Óleo sobre canva. 55,5 cm x 66 cm. Museo de Orsay.



Las segadoras. 1857. Óleo sobre canva. 83,5 x 110 cm. Museo de Orsay.